

Investigaciones en complejidad y salud

Facultad de Medicina

Grupo de Investigación Complejidad y Salud Pública

n.º 18

Año 4
julio-agosto 2022
ISSN: 2665-1564

**Tres grandes temas de la filosofía
occidental: El yo, Dios
y su interrelación con la vida**



Año 4, n.º 17, julio-agosto 2022 | ISSN: 2665-1564

Investigaciones en complejidad y salud

Facultad de Medicina

Grupo de Investigación en Complejidad y Salud Pública

n.º 18

Tres grandes temas de la filosofía occidental: El yo, Dios y su interrelación con la vida

Francisco José Casas Restrepo



113.8 C17t

Casas Restrepo, Francisco José

Tres grandes temas de la filosofía occidental : el yo, Dios y su interrelación con la vida / Francisco José Casas Restrepo; edición Miller Alejandro Gallego C. -- Bogotá (Colombia); Universidad El Bosque. Grupo de Investigación Complejidad y Salud Pública, 2022.

En: Investigaciones en complejidad y salud. Año 4, n.º 18, julio-agosto 2022

46 páginas.

Incluye tabla de contenido y referencias bibliográficas

ISSN: 2665-1564

DOI: XXXXXXXX

1. Filosofía de la vida 2. Yo (Psicología) 3. Dios 4. Sexo (Filosofía) 5. Vida espiritual. -- I. Casas Restrepo, Francisco José II. Gallego Cataño, Miller Alejandro III. Universidad El Bosque. Grupo de Investigación Complejidad y Salud Pública.

Fuente. SCDD 23ª ed. – Universidad El Bosque.
Biblioteca Juan Roa Vásquez
(noviembre de 2022) - GH

Contenido

- Breve advertencia inicial Pág. 7

1 ¿Quién soy yo? Pág. 9

2 *Let's talk about sex* Pág. 25

3 El problema de Dios Pág. 31

La cuestión religiosa Pág. 32

- Bibliografía Pág. 45

Breve advertencia inicial

Aunque este título sea aparentemente extraño, no oculta ninguna pretensión. El objetivo es relacionar dos de los tópicos más importantes del pensamiento occidental con un tema en apariencia ajeno: la vida. Por esta razón, el autor tomó la determinación de reflexionar sobre los dos primeros y después, llevar a cabo una serie de observaciones que conectaran a los tres. Este ejercicio lo efectuó a partir de una perspectiva amplia y global.

1.

¿Quién soy yo?

A primera vista, esta pregunta puede parecer tautológica, dado que yo sé muy bien quién soy. Pero este hecho, que se da por sentado, no es para nada obvio. Si reflexionamos de manera calmada, podremos llegar a identificar lo que somos a partir de contenidos conscientes sobre lo que pensamos, sabemos o conocemos de nosotros mismos. Como los términos no son semejantes, tendremos que mirarlos con más detenimiento.

Cuando pensamos, decimos, actuamos, etc., parece ser que tenemos la certeza —¡esa es la palabra!— de que todas nuestras acciones son inequívocas e indubitables, al menos en principio. Pero nunca o casi nunca nos detenemos a pensar que no somos plenamente conscientes de nosotros mismos. Lo anterior ocurre muy pocas veces en la vida. Estos momentos, en ocasiones, se nos aparecen como fogonazos brevísimos —pequeños y privilegiados islotes de autoconsciencia—. Cabe señalar que nos llevan a un estado extraordinario, aunque transitorio. Así, volvemos a adoptar una actitud semiconsciente o de duermevela.

Vayamos por partes y empecemos por el principio. El término “yo” tiene muchas acepciones, sentidos y niveles. Lo anterior depende del campo o del punto de vista desde el cual nos situemos. Como hay términos equivalentes o relacionados, su examen se hace todavía más difícil. Para complicar más las cosas, este pronombre personal — que es uno de los temas fundamentales de la filosofía occidental— ha sido empleado de diversas maneras y, además, su significado ha cambiado considerablemente con el paso del tiempo. De acuerdo con lo mencionado anteriormente, es objeto de profundos estudios filosóficos, políticos, sociológicos, psicológicos, médicos, psiquiátricos, neurológicos, lingüísticos, antropológicos, etc.

La filosofía casi siempre se ha ocupado del ser humano. Como lo anterior es una obviedad, no estaríamos diciendo nada brillante ni novedoso. En cambio, algo en

lo que no tiende a pensarse con frecuencia es en el surgimiento tardío de la conciencia de uno mismo, es decir, del yo —por ahora, no importa en qué sentido se considera este término—.

Parece que las escuelas postaristotélicas se centraron en el ser humano; sin embargo, le dieron prioridad al estoicismo y al epicureísmo. Cabe señalar que tampoco se preocuparon por reflexionar profusamente acerca del cinismo y del escepticismo. De los planteamientos arrojados por estas escuelas se desprendió la consideración, la atención y el cuidado del individuo hacia sí mismo. En la antigua Roma, la filosofía, el derecho y las relaciones sociales hicieron que se considerara —de manera lenta, pero inexorable— el yo, y no el ego. Conviene resaltar que le prestaron una atención especial a la introspección.

Séneca, Epícteto y Marco Aurelio, por citar solo tres personajes conspicuos de la Antigüedad, plantearon ejemplos espléndidos al respecto. Sus supuestos diálogos con un contertulio —que generalmente era ficticio— pueden considerarse, más bien, como una reflexión, una recomendación, un consejo y una admonición que el alma se hace a sí misma para permanecer incólume ante los avatares inescrutables del destino y de los dioses.

En esta época, las cuestiones continuaron asumiéndose en segunda persona. Sin embargo, es importante mencionar que en los individuos existía un esfuerzo de conversión, es decir, un afán por cuidar de sus actividades (*epimeleia*) y tomar decisiones que estuvieran al alcance de sus manos.

Agustín de Hipona —no solo recogió toda la tradición, sino que también le agregó un elemento cristiano y un anhelo por alcanzar una certeza y una plenitud interior— le hizo las siguientes preguntas a Dios, ser supremo, eterno, omnipotente, sabio, amoroso y misericordioso: “¿Quid ergo sum, Deus meus? ¿quae natura mea?” (2010, p. 495).

Agustín comprendió que estaba preguntándole a Dios por la criatura que había caído en desgracia, a causa del pecado original. Además, la radicalidad de sus preguntas demuestra que se reconoció como una persona que tenía un conocimiento exiguo de sí misma. De ahí que también le pidiera a Dios que lo ayudara con esta ardua tarea.

No obstante, el conocimiento parcial nunca lo llevó a referirse a sí mismo como un ente externo a la naturaleza que habitaba. En suma, llegó a apreciar sus actos y sus estados de ánimo en cuanto dirigió su mirada hacia el interior. Debido a lo mencionado en las líneas precedentes, Agustín no solo tomó la decisión de comenzar sus preguntas en primera persona, sino también de indagar en aquellas cosas que se cuestionaba sobre sí mismo. Esto lo hizo de forma personal, y no anónima, exterior y genérica.

Agustín partió de la propia conciencia interior. Cuando lo consiguió, inauguró la filosofía del yo, y no de la persona. Además, hizo residir el conocimiento de sí en el interior de la conciencia. Cabe señalar que esta no es completa ni perfecta por las siguientes razones: primero, el pecado original deslustra la inteligencia; segundo, la conciencia del yo, que reside en la memoria, tiene estratos y lugares. Es decir, los hechos vividos no siempre están presentes en la conciencia de forma clara, ordenada y coherente; y tercero, el tiempo, elemento capital en la constitución y en la construcción del yo, hace que los sujetos cambien. Sin embargo, el yo siempre conserva una unidad de fondo y una originalidad inicial, que es de tipo platónico-cristiano.

A fin de no ser prolijos ni abusar de los lectores, daremos un salto de doce siglos hacia adelante, es decir, hasta llegar a Descartes, quien, sin duda, se inspiró en Agustín de Hipona. Este filósofo, no obstante, reinterpreto el yo cuando hizo manifiesto que era una sustancia pensante (*res cogitans*). Cabe señalar que su reinterpretación partió de la

razón, que, según él, era el único medio para obtener un conocimiento válido (*mathesis universalis*)¹.

El yo cartesiano no solo es la raíz del conocimiento, sino también el fundamento metafísico de la realidad que conocemos². Cuando instituyeron el yo como el origen de todo, le atribuyeron cualidades, tales como: diafanidad y transparencia. Sin embargo, para Descartes, el yo se caracterizaba por ser claro y distinto, pues arrojaba un saber evidente y verídico. Así, el yo que nos constituye y nos hace ser lo que somos es: “Una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material” (Descartes, 1941, p. 33). Nótese que el yo cartesiano no tiene nada que ver con el cuerpo ni con otro elemento físico o material.

Por lo tanto, –y esta frase no es un juego de palabras– todos tenemos un conocimiento idéntico y perfecto de lo que somos. A causa de lo anterior, podemos concluir que una persona es lo que piensa de sí misma. No solo existe un isomorfismo perfecto entre el ser y el pensar del yo, sino también entre su actividad y la manera como se capta a sí mismo. Las pretensiones cartesianas y los supuestos conocimientos sobre el yo inauguran la metafísica de lo evidente. Conviene mencionar que esta metafísica no se opone a la idea de un ser pensante e inteligente, es decir, capaz de razonar y de reflexionar.

La metafísica de lo evidente favoreció, a su vez, el primado de la subjetividad en la filosofía y en el campo de la ciencia. Esta fue una tendencia que caracterizó a la Edad Moderna, así como la afirmación antropocéntrica y el

¹ Descartes empleó el método matemático, que es absoluto, provee certeza y evidencia inmediata, a fin de desarrollar la *mathesis universalis*.

² No es posible pensar la realidad a partir de otra fuente u origen.

yo —que se entroniza como sujeto autónomo y culmina en el drama de la soledad, a causa de la pérdida de la trascendencia, la renuncia a la naturaleza como suelo nutricio y el encuentro solitario consigo mismo, encuentro que acaece en un universo que no le emite ninguna señal y tampoco le arroja signos sobre el sentido de su existencia—. El yo terminó ahogándose en sí mismo, debido a que una afirmación estentórea y estéril le adjudicó un carácter absoluto y autofundante.

Según Descartes (1941), el traslado al mundo de lo corpóreo (*res extensa*) haría posible el surgimiento de la ciencia moderna³. Cabe señalar que esta *scientia* surgió con las notas que la distinguen hasta el día de hoy, por ejemplo: la exactitud, que puede adjudicársele al enfoque o, si se quiere, al sesgo intuitivo y matemático; el determinismo, que fue adoptado por la física mecanicista; el fisicalismo, doctrina filosófica que identifica a la naturaleza con lo físico (*physis*); el materialismo, corriente de pensamiento que considera a la materia prima inerte como uno de los elementos que componen a todos los entes; la predictibilidad, que permitió formular leyes sobre el comportamiento de la naturaleza; y, por último, la universalidad, término empleado con el objetivo de referirse a la capacidad humana para conocer la naturaleza, anticipar su comportamiento y extenderlo a toda la realidad. Al valernos de la naturaleza y ponerla a nuestro servicio, logramos efectuar un cambio revolucionario en todas las estructuras e instituciones de la vida humana.

Gracias a lo mencionado anteriormente, surgió una fundamentación que caracteriza a la ciencia moderna. Cabe

⁴ Según Descartes (1941), “La esencia y la naturaleza de la *res extensa* consiste en tener una extensión, es decir, una longitud, una anchura y una profundidad” (p. 33).

señalar que es extremadamente optimista, objetivista y exacta. La total certidumbre y confianza en el conocimiento hizo que dicha fundamentación se extendiera al campo de las ciencias humanas y sociales.

El término “conocimiento” se emplea con el fin de designar a los saberes que poseen un carácter científico. Las disciplinas ajenas a la ciencia, como el mito, la religión y el arte, son objeto de desprecio y desdén. Los científicos las consideran sospechosas porque pertenecen al ámbito de la subjetividad privada. A causa de lo anterior, tales disciplinas perdieron su importancia dentro del campo del conocimiento, campo que considera al yo moderno como su origen y su fundamento⁴.

Hoy en día, incluso en el campo de las opiniones y de los pareceres privados, cuando alguien dice: yo soy X, creo X o pienso X, está manifestando una confianza absoluta en sus palabras, en sus pensamientos y en lo que sabe sobre sí mismo. Es preciso que nos detengamos un poco y examinemos la situación, pues las cosas no son tan claras como parecen.

Según lo mencionado, cada uno de nosotros conoce muchas cosas de sí, las cuales nos llevan a pensar en la conciencia como en un conocimiento muy claro y reflexivo acerca de lo que somos y de quiénes somos. Sin embargo, la conciencia —ya lo sabía muy bien Agustín— no es perfecta ni evidente para sí misma.

Por lo pronto, las antropologías y las sociologías actuales nos muestran que las perspectivas son distintas y plurales, dependiendo de quién mire, a quién se mire y desde dónde se mire. Esta situación le añade un claro elemento a lo que pensamos de nosotros mismos. Es decir, sí

⁴ El yo moderno también se constituyó en el juez supremo de la verdad.

nos conocemos, pero nunca llegamos a saberlo todo, pues los demás ven en nosotros cosas que no podemos advertir. Cabe señalar que estas personas tampoco tienen un conocimiento absoluto de sí mismas y, por ende, ignoran aspectos que un tercero es capaz de percibir. Los demás no nos conocen del todo, aun cuando exista un vínculo estrecho con alguno de ellos. Finalmente, esto es de suma importancia, hay muchas cosas que ni nosotros mismos ni los demás saben, es decir, una amplia zona gris que siempre se nos escapará⁵.

Gracias a Descartes, los desarrollos más excelsos en la psicología, la biología, la medicina, la psiquiatría y el psicoanálisis nos muestran que tenemos varios yoes — los cuales se expresan en distintas instancias—. Sin mencionar, por supuesto, las patologías mentales —que, en el fondo, no son más que alteraciones de un yo esencialmente frágil, falible, incompleto y vulnerable—.

Sin embargo, la fragilidad, la vulnerabilidad, el desvalimiento, la imperfección, la finitud, la incompletitud, etc., no son, necesariamente, características negativas. Antes bien, pueden considerarse como el reverso de las inmensas, magníficas e inimaginables posibilidades que tenemos en ciernes. Lo anterior no debe ser confundido con cuestiones, tales como: el pensamiento positivo, la auto-superación, la autoayuda y otras estupideces semejantes.

Existe un punto que fue desapercibido por Descartes o que sencillamente no quiso advertir. Si tenemos un yo es gracias a que somos seres corpóreos, es decir, seres físicos —aunque no todo sea material en nosotros—. Por supuesto, es inaceptable afirmar que existe un dualismo aquí.

⁵ Del libro *La política de la experiencia. El ave del paraíso*, véase el capítulo IV.

Somos seres corpóreos y, por ende, tenemos un yo. Si fuéramos seres inmateriales, no poseeríamos una psique, un alma, una conciencia, un ser, un yo. Es decir, seríamos inteligencias puras, seres angélicos y, en todo caso, no humanos. En definitiva, le debemos a la corporalidad que haya un yo, una existencia, una temporalidad, una historicidad y un carácter biográfico. Sin embargo, los últimos aspectos no suponen que exista una finalidad ni un sentido, *a priori*, de la existencia⁶.

La existencia del yo y, por ende, de la multitud y de la diversidad de procesos físico-químicos, biológicos, psíquicos, etc., supone lo siguiente: los seres humanos llevamos a cabo una multiplicidad de operaciones, operaciones que no siempre son racionales, conscientes y voluntarias⁷. Así las cosas, el yo cartesiano —autoconsciente, sin sombra ni duda— no es más que una ilusión o una fantasía —lo cual es francamente risible—.

El conocimiento de nuestra condición no debe llevarnos al escepticismo absoluto, a la impotencia ni a la desesperación. Tenemos —como ya se ha dicho— una condición modesta, limitada e imperfecta. Sin embargo, esta condición es real, ampliable, corregible, perfectible y, sobre todo, llena de posibilidades. De suerte que, aunque no lo sepamos ni lo imaginemos, siempre está abierta a la fantasía y a lo imposible.

En este punto cabría relacionar el yo —que es algo plural y no del todo dado— con la persona —que, al poseer

⁶ Estos pueden ser dados, *a posteriori*, por un sujeto, por una sociedad o por una civilización; sin embargo, no son inherentes al tiempo, a la historia o a la vida, ya sea individual o colectiva.

⁷ Los procesos no tienen una jerarquía, es decir, no pueden disponerse en grados ascendentes o descendentes.

una singularidad concreta, no puede entenderse a sí como una abstracción filosófica, jurídica y educativa—. En este sentido, no seríamos seres reales, sino proyectivos, futurizos, siempre abiertos y disponibles para lo venidero, lo posible y lo fantástico.

Además, nuestro ser es, más exactamente, un estar siendo, un estarse dando, una existencia móvil, un proceso, una travesía, y no algo ya preestablecido, concluso y real. Somos, más bien, un proyecto —carece de importancia si se cumple o no—. Así, la existencia no solo es un viaje hacia lo desconocido, sino también una odisea interminable.

De acuerdo con lo dicho en el párrafo anterior, podemos interpretar y expresar que tenemos nervios vitales, por ejemplo: la emergencia, la improvisación, la imaginación, el deseo y la fantasía. Empleamos la razón porque es la reina de la conducta, suscita tranquilidad y, además, nos hace creer que somos animales racionales, pensantes, lógicos, cuerdos y normales. El último término se ha constituido en el ideal predilecto de la Edad Moderna, que no solo pretende exorcizar cualquier contingencia, emergencia, azar o anormalidad, sino también subsanar la falta estructural del sentido de la existencia. Cabe señalar que la vida está revestida de sentido —este, aquel o el de más allá—, pero hay que buscarlo, inventarlo o construirlo; es decir, no es algo obvio o dado.

Las realidades enunciadas ponen en evidencian que hay unas distorsiones básicas en el conocimiento que tenemos o podemos obtener de nuestro yo —amén del estupor que nos produce no saber con exactitud qué pensamos de nosotros mismos—. El hecho de que tengamos razón no significa ni implica, en modo alguno, que solo seamos seres racionales.

Somos mucho más que seres racionales. Esto lo sabían bien algunos científicos, médicos, escritores y filósofos, por ejemplo: Platón, Aristóteles, Agustín, Tomás y, por

supuesto, Kierkegaard, Darwin, Marx, Nietzsche, Freud y Lovecraft. Conviene señalar que esto también lo plantearon algunos movimientos artísticos, intelectuales y científicos, tales como: el teatro del absurdo, el realismo mágico, el existencialismo, el surrealismo, etc.

Al lado de la razón —quizá de forma inextricable—, están las pasiones, los sentimientos, las emociones, los deseos, la imaginación, la memoria, la fantasía, el querer racional y, muy probablemente, las facultades, las potencias y las cualidades que aún son desconocidas —y que, por eso, siguen siendo innominadas—. Deben estar agazapadas en las sombras, esperando el tiempo propicio y adecuado para saltar...

Al considerar todas las objeciones aducidas —que no están en contra del yo propiamente dicho, sino de su concepción diáfana y perfecta—, no se está invalidando el conocimiento de quién pueda ser yo. Por supuesto, el yo tiene unos elementos y unos factores variables, a causa de: las circunstancias, las condiciones socioeconómicas y culturales, el tiempo histórico, la edad, el sexo, el género, las relaciones (familia, amigos, trabajo), la educación, las creencias religiosas, etc. Conviene subrayar que las circunstancias devienen, es decir, mutan, se truecan y se trastocan.

Se cree que la mayoría de los elementos y de los factores mencionados son realidades ontológicas e inamovibles, dado que responden a la realidad, es decir, a lo que es. También se piensa que como fueron instituidos por Dios, por la naturaleza, por la tradición y por las convenciones sociales, históricas, religiosas y culturales, tendrían que seguir inalterados.

Algunos le adjudican su permanencia, aunque no tengan argumentos sólidos al respecto, al hecho de que poseemos una esencia, una naturaleza y una sustancia invariable. Esta creencia —que cada vez es menos creíble y digna de tenerse en cuenta— debe ser superada, porque somos

seres cambiantes, es decir, en constante devenir⁸. Sin duda, es bastante complejo llegar a advertir cuáles son esos cambios en un tiempo muy corto. Además, la tarea se dificulta si no estamos dispuestos a aceptar que esta es una verdad patente que, pese a no desvirtuar el ámbito de lo humano, sí lo sitúa en un campo de referencia mucho más amplio, que, por lo demás, transfigura todo lo que pensamos y sabemos de nosotros mismos. Ahora bien, es una evidencia que quizá moleste, inquiete e incomode a muchos.

Lo dicho hasta ahora no puede considerarse como un desdén sistemático hacia el pasado, la historia, la tradición y la cultura. Antes bien, es una visión positiva y serena, puesto que nos brinda la posibilidad de establecer un diálogo crítico con todas estas instancias. Sin embargo, es preciso que nunca caigamos en anacronismos históricos, pues estaríamos clasificando como vencido o vencedor al pasado y al presente.

Es preciso que miremos hacia el futuro, pero no para huir del pasado ni del presente, sino para proyectarnos. Cuando nos trazamos un plan, acogemos lo mejor de estos tiempos. Sin embargo, también les impedimos determinarlo y condicionarlo todo. Es lógico que la indeterminación de los hechos y la incertidumbre de la existencia hagan surgir la duda, la vacilación y el miedo, pero no nos queda otro remedio que enfrentarlos. Hay temores infundados, además, lo novedoso y lo imprevisto no siempre son una amenaza. Nuevamente, meditemos sobre la influencia de esto en el yo.

Pero, ¿qué pasaría si mi yo, además, de no ser diáfano y problemático para mí mismo, fuera una ilusión, un haz muy tupido de datos de conciencia, es decir, un espejismo?

⁸ Este es un tema que puede y debe abordarse desde diversas disciplinas.

Si consideramos que la conciencia y la autoconciencia no son un patrimonio humano, entonces, podemos estar en serios problemas a la hora de reclamar la superioridad de nuestra especie —que supuestamente está fundada en la autoconciencia y en el yo que emerge de ella—. Este es el primer punto.

Existe un segundo punto y es aún más complejo. Según los amplios y muy prometedores conocimientos de la biología actual, el individualismo metodológico y epistemológico se encuentra gravemente comprometido, a causa de la siguiente pregunta: ¿Existe el individuo? Quizás, pero no todo puede ni debe adjudicarse a él. Sin embargo, hay algo de lo que podemos estar seguros y es que la vida no solo se manifiesta, sino que también crece de forma colectiva. Esto aplica para los seres humanos.

En Occidente, la prevalencia del logos, por un lado, y el creciente énfasis en el individuo, por el otro, han hecho que nos olvidemos y despreciemos la acción de los procesos colectivos, procesos que no siempre son racionales y conscientes. Así las cosas, el genio cartesiano, que es maligno, se ha deslizado entre nosotros para convencernos de la supremacía del yo y de la importancia de estudiarlo. Sin embargo, hemos olvidado que, en el despliegue global de la vida, no existen jerarquías, centros o nortes. Como es un aspecto que nos ha costado tanto entender, seguimos pasando por alto sus consecuencias.

A causa de lo anterior, podríamos empezar por aprender que, pese a ser el centro dinámico de nuestra existencia y de nuestra conciencia, no somos el eje de la realidad. Ni siquiera constituimos el culmen o el ápice de la vida. Nuestra capacidad para reformar el ambiente no dice nada a favor de la supuesta superioridad de los *Homo sapiens*. Además, esta capacidad no nos da el derecho de tomar decisiones arbitrarias y de disponer cómo queramos de los demás seres vivos.

En este punto es preciso recordar que querer es poder, aunque no siempre ese poder debe ser querido. Esta lógica perversa solo ha puesto de relieve que las ambiciones son más fuertes que las previsiones y la capacidad para anticipar soluciones. Lo anterior es una prueba fehaciente y dramática del actuar descontrolado del yo moderno, que lo desconecta de la naturaleza y, sobre todo, de las dinámicas de la vida.

Es necesario que meditemos nuevamente sobre la incapacidad del yo para hacerse cargo de sí mismo cuando no atiende a un entorno ni a un contexto que no sea la mera razón autorreferencial.

2.

Let's talk about sex

La discusión que gira en torno a las diferencias entre el sexo, el género y las preferencias sexuales es interesante. Sin embargo, estos temas no pueden considerarse como los elementos definitivos o definitorios del yo.

En efecto, la sociedad actual nos compele de continuo a declarar la verdad sobre todos los temas. Por esta razón, sentimos el “deber” de expresarle a otros qué pensamos acerca del sexo y cuáles son nuestras prácticas. La sexualidad es un tema espinoso, candente y comprometedor. Sin embargo, como sociedad postvictoriana, sentimos una mezcla de vértigo y emoción que nos impele a declarar lo vedado, lo prohibido, lo peligroso.

A causa de lo anterior, las personas más liberales también incurrir —no cabe otro término— en prácticas exhibicionistas, prácticas que los alejan de aquellos que prefieren guardar silencio porque el tema les parece demasiado íntimo, vergonzoso y problemático. Tanto los defensores a ultranza de la libertad sexual como los detractores de la misma terminan defendiendo posturas ontológicas intransigentes. Ahora bien, podemos sostener que algo es sin la necesidad de incurrir en una postura ontológica esencial o sustancialista.

Todo lo anotado vale también para cuestiones que atañen al sexo, el género y las preferencias sexuales. Cabe señalar que el sexo suele relacionarse con la dotación física, anatomo-fisiológica y psíquica de un ser humano. Al encontrar soporte en el elemento sexual, el género comienza a considerarse como una construcción histórica y cultural que varía conforme los acentos y los matices de una comunidad. Finalmente, la preferencia sexual no solo tiene que ver con las disposiciones y las actitudes individuales, sino también con las grupales. Además, cuando hablamos sobre las preferencias sexuales, no podemos dejar de lado a las filias y a las parafilias —que hacen alusión a las fantasías, a los comportamientos y a los gustos generados por diversos

objetos, personas o situaciones particulares—. Es necesario que deje de dárseles una connotación enfermiza, patológica, aberrante, monstruosa y anormal.

La distinción no es tan clara y remite, en última instancia, a la imposibilidad de trazar una raya nítida entre la naturaleza y la cultura. Aunque los temas no son lo mismo, tampoco son completamente distintos. La frontera es difusa, además, sus alcances varían según las circunstancias y los casos concretos —que han sido objeto de numerosos análisis—.

Por lo tanto, no todo es natural o construido por la sociedad. Cuando pensamos en estos constructos, caemos en el error de culpar a la sociedad y a la naturaleza de cualquier mal⁹. Con la estigmatización de lo social, le estamos otorgando más importancia de la que realmente tiene y desempeña. Además, también caemos en un equívoco al confundir el ámbito social con la sociología¹⁰.

Tradicionalmente, casi todas las sociedades relacionaban la dotación sexual con la identidad de género —que es un constructo cultural caracterizado por la percepción y la manifestación personal del propio género—. En Occidente, las preferencias sexuales emergieron como un catalizador de estos elementos. Sin embargo, la aceptación ha sido objeto de debates, dado que algunas posturas son bastante polémicas y heterogéneas.

⁹ Esto tiene una relación con la impronta del neoroussonianismo.

¹⁰ La sociedad no considera que todos los hechos sean una realidad institucional. Antes bien, tiene en cuenta aquellos eventos que trascienden la institucionalidad. Es importante mencionar que debe estar abierta a las novedades que vayan surgiendo.

Hay quienes creen que el hecho de aceptar a las personas con preferencias sexuales distintas trae como consecuencias: la degradación moral de la sociedad y la destrucción de la familia. Esta clase de opiniones son tontas e infundadas. Sin embargo, las personas que piensan así son incapaces de reconocer que la aceptación favorece la integración y, además, promueve las discusiones acerca de los temas tabú.

Las personas que siguen la tradición se niegan a proferir sus opiniones e impugnar lo aducido sobre estos temas. Pese a los tropiezos, no solo han surgido nuevas formas de ver, sino de vivir la sexualidad. La discriminación sexual no tiene justificación, además, altera la verdadera naturaleza de los seres humanos. El propósito de los activistas no es incordiar, incomodar o conspirar en contra de los individuos con posturas diferentes. Antes bien, su objetivo es abrir espacios de vida que amplíen, enriquezcan y flexibilicen las instituciones naturales de los *Homo sapiens*. Por supuesto, es normal que, durante la implementación de las nuevas propuestas, surjan errores, se den pasos en falso, etc. Sin embargo, estos hechos son parte de un proceso de ajuste a las nuevas realidades.

Para concluir, no solo debemos evitar que las nuevas formas de experimentar la sexualidad caigan en la trampa esencialista o sustancialista, sino que también incurran en todo cuanto censuran las estructuras tradicionales, es decir, en la intransigencia, la falta de diálogo, etc. Cabe señalar que tanto la investigación como el diálogo se deben imponer a las creencias inveteradas que carezcan de argumentos válidos.

3.

El problema de Dios

El problema de Dios es terriblemente espinoso. Siempre se ha caracterizado por ser amplio, variado y muy discutido. Ha hecho presencia en todos los ámbitos, niveles y esferas de la vida. Sin embargo, cuando deseamos asirlo, se nos escapa, así como acaece con la niebla.

Es complicado darle forma al tema y, por ende, encontrar la manera más eficaz de abordarlo, ya sea intelectualmente o existencialmente. En Occidente, este ha sido objeto de reflexión desde hace milenios; de ahí que haya asumido innumerables formas o aspectos. Actualmente, la existencia de Dios continúa siendo un problema capital y, por eso, a muchos se les va la vida intentado probarla o justificarla.

3.1. La cuestión religiosa

Antes de intentar probar la existencia de Dios, debemos señalar que nos encontramos con la creencia en su existencia¹¹. Aunque esta observación parezca tonta, no lo es por las siguientes razones: primero, no se trata de tener dudas sin fundamento y segundo, no es una necesidad contemplar la posibilidad de creer en este ser. Es esta última la que avalla cualquier afirmación a favor o en contra de tal existencia. Pero la creencia, a su vez, nos lleva —tratándose de una realidad tan compleja— a preguntarnos sobre las razones que la justifican. Miremos este asunto con detenimiento.

Podemos tomar varios caminos para justificar esta creencia. Cabe señalar que los formulamos porque no son

¹¹ Cuando hablamos de la divinidad, debemos hacerlo en singular. Sin embargo, esto no es tan claro como parece. Las culturas y las religiones nos muestran, de forma abrumadora, que es todo lo contrario.

excluyentes y, además, es imposible separarlos de forma clara o nítida. No obstante, hay razones que nos llevan a explicarlos por separado. El primer camino es el de la razón. Plantea que debe existir un ser del cual proviene el conjunto de todo lo existente. No puede ser posible que el mundo sea producto del azar o de un acaso.

Por otro lado, no puede explicarse la realidad mediante una regresión al infinito, así que es necesario postular una acción externa que corte ese proceso y establezca que un ser superior es quien “produce” la realidad. Pero, si cortáramos la regresión al infinito de forma caprichosa y, además, planteáramos un inicio que calmara a la razón, estaríamos cometiendo un acto arbitrario e inexplicable, es decir, una falacia *ad hoc* —que está a favor de un principio creador que no ha sido justificado en su totalidad—.

Según el primer camino, hay que imponer una causa racional que ponga fin a esta regresión y, además, se constituya en el origen de todo lo existente. De ahí que la realidad sea —por su propia condición— una producción, una creación y una emanación que se diferencia de su hacedor¹². Se debe resaltar que hay una distinción radical, aunque no absoluta, entre el productor y lo producido.

Según las tres religiones monoteístas, lo creado nunca, pero nunca, se podrá igualar con el creador. Sin embargo, este le imprime un sello metafísico indeleble y, además, le otorga un valor positivo. Conviene subrayar que no es posible atribuirle esta característica al mal, cuyo origen no está en Dios, aunque él lo permita y lo tolere, sino en el

¹² Esto no quiere decir que el origen haya dejado de tener una injerencia en la realidad.

hombre y en los ángeles caídos, quienes lo han introducido en la creación¹³.

Puede decirse que el camino de la razón no solo fue constituido por la filosofía occidental, sino también por algunas doctrinas espirituales y una porción considerable de teologías —que fueron edificadas al interior del judaísmo, el cristianismo y el islam—. Cabe señalar que las doctrinas filosóficas y religiosas han proporcionado —con mayor o menor capacidad argumentativa y acierto— pruebas a favor de una acción divina.

Por otra parte, también se sitúan en el campo de la razón algunas de las religiones o de las doctrinas orientales más colosales, por ejemplo: el budismo, el brahmanismo, el sintoísmo, el taoísmo, etc. Sin embargo, se hace de una manera disímil por las siguientes razones: primero, no todas creen en un ser supremo o en un principio del cual emana lo existente; segundo, como algunas creen en su existencia, resaltan su capacidad para estar presente en la realidad natural y en la realidad cósmica; y tercero, varias designan a la naturaleza como el origen o la causa.

A estas doctrinas no parece inquietarlas el hecho de tener que renunciar a desarrollar una explicación racional sobre el origen de la realidad natural y de la realidad cósmica. A veces, aceptan la regresión al infinito porque piensan

¹³ Debe aclararse, no obstante, que algunos seres, como los ángeles (que son espíritus puros y buenos) y los demonios (que son espíritus puros y malignos), no pertenecen a las religiones monoteístas. Tienen origen en las religiones mesopotámicas y, más en concreto, en la babilónica. Después, en la época helenística, los demonios se transformaron en seres perversos, que, pese a atentar contra lo ordenado por Dios, nunca pudieron dejar de seguir sus mandatos.

que, al indagar en el origen, podrían caer en la locura o sentir perplejidad a la hora de plantear sus propios argumentos.

Por otro lado, la causalidad —que busca explicar la creencia en un ser superior, así como el origen de la realidad— ha sido empleada en el brahmanismo, el taoísmo, el budismo y la filosofía occidental. El brahmanismo, por ejemplo, afirma que una causalidad cósmica determina todos los eventos. Sin embargo, no explica las razones por las cuales este proceso sucede de forma ineluctable. El budismo, en cambio, acepta que, aunque existe una causalidad, no es posible remontarla hasta el inicio y dilucidar toda la cadena de causas.

En la filosofía occidental, el ser, la causalidad, los principios de identidad y no contradicción se constituyen en los pilares de la realidad. Si se mira con detenimiento a la causalidad, se podrá llegar a aceptar que su acción se restringe a ámbitos concretos y específicos de la realidad. Si queremos explicar la creencia en la existencia de un ser superior a partir de la causalidad, tendremos que admitir que esta termina convirtiéndose en un argumento *ad hoc*, debido a que calma la inteligencia cuando no se ha podido obtener una respuesta satisfactoria sobre el origen y el sentido de todo lo existente. Por supuesto, no estamos negando ni afirmando la existencia de un ser superior, simplemente, estamos manifestando que, en la actualidad, la causalidad no se considera como una prueba que valide el origen absoluto de la realidad y, por lo tanto, la creencia en un ser supremo.

En algunos momentos se consideró que el recurso a la causalidad estaba a favor de la creencia en la existencia de un ser supremo. Actualmente, sostenemos que este recurso es insuficiente e inadecuado, pues algunos creyentes continúan empleándolo para soportar su fe. Es decir, como la causalidad nunca ha sido un medio racional e imparcial, garantiza el primado del credo y la relegación de la razón.

La antinomia de la razón —que reclama una explicación sobre el conjunto de todo lo existente, dado que le es imposible desarrollar una de forma satisfactoria— no nos deja otra alternativa que proceder como lo hacen en Oriente. Debemos suspender el juicio y declararnos como personas no aptas para responder afirmativamente a todos los cuestionamientos que se desprenden de la existencia de Dios. Por supuesto, lo anterior no implica que el tema pueda tratarse de manera irracional.

El raciocinio parece ser la característica más sobresaliente de la especie humana. Sin embargo, ni su potencia cognoscitiva ni su utilidad pueden llevarnos a pensar que somos omnipotentes. Conviene mencionar que la razón no lo conoce todo, debido a que es limitada y, además, existen realidades que superan el intelecto. Lo anterior genera una serie de interrogantes: ¿Es posible que no lo sepamos todo, pese a tener una capacidad racional descomunal?, ¿podemos acceder a Dios a partir de otras facultades?

Si sobrepasamos a la metafísica de la presencia y a la mera creencia en la realidad, podremos adentrarnos en los reinos de lo posible y lo imposible —de hecho, ya lo estamos haciendo—. No obstante, nunca tendremos la posibilidad de arrojar una afirmación racional o profunda sobre la existencia de Dios. Es viable que se hagan conjeturas a partir de argumentos o de evidencias más o menos indirectas. Sin embargo, es impensable que la designemos como algo evidente e intentemos corroborarla a través de planteamientos taxativos. Además, sería contradictorio probar algo que es indiscutible y, por lo tanto, no demanda ningún examen que ratifique su validez.

Ahora bien, podemos entender y validar la creencia en la existencia de Dios a partir de la religión y del sentimiento. Sin embargo, estas vías no siempre son las más válidas. Ahora bien, también es probable que la razón nos provea un mayor conocimiento de ese ser —si es que exis-

te—. A causa de lo anterior, surge el siguiente interrogante: ¿Cómo podemos obtener una mayor comprensión del hacedor?

En el ámbito de la filosofía, algunos —en un afán por “afinar técnicamente” su argumentación— plantean una distinción entre el ser y la existencia de Dios. Como el propósito no es entrar en discusiones excesivamente eruditas, vamos a ir al punto. Según la metafísica griega y la escolástica, Dios posee el atributo esencial de la realidad, es decir, el ser. En suma, él es y en él se encuentra congregada la perfección.

En términos generales, la existencia es un *actus essendi*. Por esta razón, el ser no es lo mismo que el existir. Ahora bien, como Dios “es” de manera perfecta, no necesita añadirle a su perfección la existencia, pues ya la tiene. En él no pueden identificarse con claridad el ser, la esencia y la existencia. Es más, según algunos teólogos, Dios está más allá del ser. Cabe señalar que, en la Baja Edad Media, varios místicos alemanes usaron las siguientes expresiones para referirse a él: oscura luminosidad, abismo insondable, clamor silencioso, silencio atronado, etc. Estas locuciones —que tienen un carácter paradójico y enigmático— dan a entender que el hacedor está más allá de la razón y del conocimiento humano, pese a ser racional.

El segundo camino, el de la fe, es de gran complejidad¹⁴. Cuando una creencia no tiene fundamento, la motiva el miedo, la inseguridad, la presión física y psicológica, etc. La fe razonable y libre de presiones es legítima, dado que su fundamento es la voluntad.

Este tipo de fe también se encuentra cimentado en nuestra capacidad para producir y adquirir conocimiento de la realidad. Cuando ve colmadas sus expectativas, se sujeta con más fuerza a aquello que conoce y respalda.

¹⁴ La fe puede ser racional, religiosa o irracional.

Aunque la fe razonable es bastante interesante, no vamos a ahondar en ella, pues no es el tema que nos interesa.

Por otra parte, desde el punto de vista del creyente, la fe religiosa es uno de los actos más firmes y más profundos del hombre. Como es obvia, no suscita discusiones ni dudas. Este tipo de fe legítima la creencia y la existencia de Dios. Además, es garante de sí misma y de la justificación que la pone como una prueba de sí.

Dios les otorga valor a los siguientes hechos: primero, a la justificación de la fe; segundo, a su propia existencia y tercero, al conjunto de creencias que son garantes de esa justificación y de su existencia. Dios no pretende engañarnos, así que se nos manifiesta de manera directa o indirecta.

La fe religiosa es la seguridad o la confianza en una deidad y en unas doctrinas. Aunque esta no es enteramente racional, tampoco es irracional, como lo argumentan algunos. Cuando se tiene este tipo de fe, los sujetos no dudan en abrazar una realidad inexplicable, maravillosa y misteriosa. La fe religiosa les produce certidumbre, pese a que no se basa en evidencia tangible y racional. Cabe señalar que lo anterior no debe llevarnos a considerarla como un absurdo¹⁵.

En el ámbito de las tres grandes religiones mono-teístas —judaísmo, cristianismo e islamismo—, la fe es una virtud otorgada por Dios, quien se le revela al hombre. Por lo tanto, no tiene que ver ni con su búsqueda ni con el anhelo de él. Sin embargo, estos hechos son una realidad patente y una prueba de la indigencia estructural del ser

¹⁵ La fe religiosa puede caracterizarse como un acto suprarra-cional, pese a que esta es una denominación terriblemente problemática y comprometedora.

humano, que, aunque fue creado a imagen y semejanza de Dios, está alejado de él por causa del pecado original¹⁶.

Entonces, la fe, como ya se ha dicho, no es una aspiración a creer en el ser supremo –Yahveh, Dios o Alá–, sino una virtud, que, al proveernos un conocimiento directo de la divinidad, nos lleva a aceptar sus mandatos y a creer ciegamente en lo que nos releva. Para el cristianismo, la fe es una de las tres virtudes teologales –las otras dos son la esperanza y la caridad–. Cabe señalar que, aunque la fe es importante, las más altas virtudes son la caridad y el amor.

Como Dios es amor, da la existencia de forma amorosa, aunque, para aquellos que lo acogen y conservan la gracia santificante, está colmada de indulgencia. En el siglo xv, el concepto de vida fue desplazado al ámbito de lo religioso. Por esta razón, los teólogos tomaron la decisión de “raptar” su sentido y proclamar lo siguiente: la verdadera vida es la sobrenatural. Además, por influjo del neoplatonismo y de otras doctrinas religiosas, la vida natural y la naturaleza comenzaron a considerarse como una copia burda y una manifestación rebajada de la vida divina.

En la Edad Media, los hombres perdieron el interés en la naturaleza y su estudio. No obstante, esta nunca dejó de ser vista como una creación maravillosa de Dios. No solo estaba atiborrada de seres y de cosas portentosas, sino también de milagros que confirmaban la omnipotencia divina.

Cuando hablamos sobre la fe religiosa, deben abordarse los problemas ocasionados por el ateísmo y el agnos-

¹⁶ Después de la comisión de ese pecado y de la expulsión del Paraíso, Dios les prometió a nuestros primeros padres que redimiría al pueblo de Israel. Por eso, envió a su único hijo a la Tierra.

ticismo —son más que doctrinas que niegan la existencia de Dios, pues, con el paso del tiempo, se han constituido en actitudes prácticas cuyo influjo impacta nuestra vida y nuestra realidad—. El ateísmo, estrictamente hablando, no es una prueba de la inexistencia de Dios. Quienes afirman que la ciencia ha logrado probarlo no solo faltan a la verdad, sino que también revelan su gran ingenuidad —que, por lo demás, raya en la estupidez—.

La ciencia, que es considerada como el tercer camino, no está en la capacidad para aprobar o desaprobado la existencia de Dios. Esto se debe a que los científicos no pueden obtener evidencia empírica sobre un ser que franquea los límites del mundo físico. Por tanto, si pretenden probar la existencia de Dios —lo cual es improbable—, tendrán que hacerlo desde otro campo del saber.

Otra cosa muy distinta sería que la ciencia actual se planteara como objeto demostrar que la realidad no requiere de una causa o de un ser superior para ser lo que es. Si este fuera su propósito, bastaría con que los científicos afirmarían que Dios sobra y no hace falta. Sin embargo, con una aseveración así, tampoco estarían validando o negando su existencia.

Lo que sí puede admitirse es que, para un creyente, la ciencia expone la magnificencia del mundo y, por ende, relieves la omnipotencia, la bondad y la inteligencia infinita de Dios, quien creó el universo y, además, lo donó de forma amorosa y gratuita.

Sin embargo, este camino no se constituye en una evidencia objetiva de tal existencia y acción. Una actitud tal extralimitaría las posibilidades de la ciencia y pondría en sus labios lo que no puede ni debe decir con respecto a un tema tan delicado. Aunque la postura religiosa quiera para sí la superioridad que le arrebató la *scientia*, no puede exceder sus límites al entrometerse en un campo que desconoce.

Por su parte, el agnosticismo no niega ni afirma la existencia de Dios. Antes bien, plantea que las limitaciones del entendimiento humano son las causantes de que no se haya podido probar o desmentir. Los ateos y los agnósticos no intentan desenmarañar este asunto, es decir, lo perciben como un tema que no merece su atención. Desde el punto de vista ético, moral y religioso, esta actitud es legítima y respetable.

No es correcto pensar que los agnósticos y los ateos son personajes malvados que van por el mundo tratando de convencer a los demás de la inexistencia de Dios¹⁷. Conviene señalar que tampoco pretenden sumir en una vida inmoral, estéril y depravada a los ingenuos e incautos que se encuentran por el camino. La cuestión es mucho más compleja y tiene matices que no se pueden interpretar con facilidad.

El sentimiento, que es considerado como el cuarto camino, parece tener fuertes nexos con la fe. Esta última va acompañada de afectos religiosos, aun cuando no se reduce a ellos. Cabe señalar que los dos elementos están tan entrelazados que a veces es difícil diferenciarlos. Los sentimientos no solo “tiñen” a la realidad, sino que también nos indican cómo la percibimos. En un principio, los estados del ánimo dan cuenta de cuestiones sensibles y tangibles. Sin embargo, con el paso del tiempo, se han evaluado asuntos de carácter intelectual e imaginario —que, por lo demás, son difíciles de juzgar—.

En situaciones irreales, los sentimientos suelen manifestarse de forma particular, extraña e intensa. Aunque

¹⁷ Es descabellado pensar que los ateos y los agnósticos son pervertidos. En la actualidad, esta afirmación debería comenzar a considerarse como una infamia simplista y sin el menor fundamento.

todos nos causan un gran impacto emocional, queremos relieves los siguientes: el miedo generado por algo inexistente, la tristeza constante y sin causa aparente, la plenitud, la alegría y la serenidad suscitadas por el simple hecho de existir, la melancolía que nos agujijonea, pero, a su vez, nos torna más activos y creativos, etc.

Pues bien, en el campo de las creencias, los sentimientos juegan un papel fundamental porque logran que cambiemos o reafirmemos nuestras posturas. A causa de lo anterior, la siguiente creencia pierde su legitimidad: la razón ilumina y la voluntad decide. Conviene mencionar que la voluntad y la imaginación son influenciadas por los afectos y las pasiones. Sin embargo, esta última también tiende a condicionarlos y a gestionarlos.

Si empleamos la justificación mediada por el sentimiento para avalar la creencia en la existencia de Dios, nos encontraremos con hechos muy interesantes. Según lo mencionado anteriormente, el sentimiento nos predispone a creer o no en Dios. A decir verdad, casi siempre nos impulsa a creer en él. Algunos pensadores hablan acerca de la debilidad estructural del ser humano y del miedo a afrontar su soledad en un mundo que o no le dice nada significativo, o no le da pistas sobre el sentido de su caminar existencial. También opinan que la creencia en Dios puede atribuírsele a la labilidad del *Homo sapiens* y a su incapacidad para enfrentar su existencia sin ninguna compañía. En ese sentido, Dios sería la proyección de un anhelo de protección —que el ser humano expresa de forma imperfecta e inadecuada—.

En algunos casos, Dios vendría siendo la concreción antropomorfa de los ideales humanos, de las virtudes y de los más altos atributos, así como sucedía con los dioses griegos y romanos. En otros casos, por ejemplo, los creyentes piensan que el sentimiento y la fe religiosa se fortalecen mutuamente. De hecho, tienden a confundirlos algunas veces por su similitud. No obstante, debe aclararse que la

fe y la religión son más que un sentimiento. Si esto fuera cierto, la creencia religiosa sería una realidad accesoria y poco profunda.

Es importante mencionar que muchos creyentes piensan que una fe profunda y firme debe manifestarse de forma grandilocuente y hasta teatral. Si lo mencionamos es porque queremos resaltar que sus manifestaciones son sinceras. Hay circunstancias en las cuales es aconsejable dejar fluir los sentimientos; sin embargo, es inadecuado que siempre se haga de manera exagerada. El sentimentalismo, ya sea por confusión u ofuscamiento, nos puede llevar a considerar lo siguiente: primero, los fieles incurren en posturas afectivas desbordadas cuando hablan de su fe y segundo, si la fe es genuina, los sujetos tenderán a expresarla irracionalmente. A pesar de que no es así, queremos subrayar que una actitud tal no nos permitiría hacer un abordaje sereno y crítico de un campo tan complejo y significativo para el ser humano.

Los creyentes que manifiestan sus emociones de una manera más sosegada piensan que los sentimientos son beneficiosos porque fortalecen sus creencias. Sin embargo, también opinan que la exteriorización de la afectividad no debe extralimitarse ni constituirse en la brújula que marque el rumbo de su fe. En el ámbito religioso tienen un papel central: los sentimientos, la fe, que se caracteriza por ser firme y profunda; la razón, que es analítica y serena; la práctica, cuyos atributos son la sencillez y la sinceridad.

Quedamos satisfechos con la exposición. Sin embargo, concluimos el capítulo con un sinnúmero de preguntas intelectuales, afectivas y existenciales. Las realidades, así como los temas relacionados con el yo y con Dios, seguirán siendo el centro de numerosos análisis. Si a esto le sumamos —como lo hemos hecho— el tema de la vida, la cuestión se tornará más apasionante y enigmática. Quizás aún no hemos comprendido que los grandes interrogantes no

buscan ser resueltos. Antes bien, su objeto es agujonear todas nuestras capacidades y suscitar profundas inquietudes vitales.

Bibliografía

- Descartes, R. (1941). *Discours de la méthode*. Editorial Larousse.
- Descartes, R. (2002). *Los principios de la filosofía*. RBA.
- Díaz-Giraldo, R. (2014). El cuidado de sí y la pedagogía en el período helenístico. *Criterio Libre Jurídico*, 11(1), 103-121. <https://revistas.unilibre.edu.co/index.php/criteriojuridico/article/view/687/537>
- Foucault, M. (1991). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Ediciones Paidós.
- Hipona, A. (2005). *Confesiones*. Editorial Gredos.
- Laing, R. D. (1978). *La política de la experiencia. El ave del paraíso*. Editorial Crítica.
- Morales, S. (2018). Los sentidos e interpretaciones del yo: un análisis multidimensional. *Dixit*, 29, 20-33. <https://doi.org/10.22235/d.v0i29.1695>
- Robert, J. D. (1962). Descartes, créateur d'un nouveau style métaphysique. *Réflexions sur l'introduction du primat de la subjectivité en philosophie première*. *Revue Philosophique de Louvain*, 67, 369-393. <https://www.jstor.org/stable/26334950>
- Taylor, C. (2006). *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Ediciones Paidós.

Investigaciones en complejidad y salud

Facultad de Medicina

Grupo de Investigación en Complejidad y Salud Pública

n.º 18

**Tres grandes temas de la filosofía
occidental: El yo, Dios
y su interrelación con la vida**

Fue editado y publicado por la
Editorial Universidad El Bosque,
Agosto de 2022
Bogotá, Colombia

